

MADRE Y DISCÍPULA DEL SEÑOR. SIEMPRE VIRGEN (Dolores Aleixandre, rscj *"Hacerse discípulos. Una atracción del Padre"*)

La escena de la anunciación a María, precedida de la de Zacarías y de la concepción de Isabel, está trazada por Lucas sobre un tapiz de fondo tejido con los hilos de antiguas tradiciones. Entre ellas sobresale la de la esterilidad de mujeres significativas de la historia de Israel: la primera de ellas es Sara, mujer de Abrahám y, siguiéndola, Rebeca, mujer de Isaac, y Raquel, mujer de Jacob. De las cuatro matriarcas que engendraron en sus orígenes al pueblo de Israel, (Lía es fecunda desde el primer momento), tres aparecen marcadas por el sello dramático de una situación que hacía comparable a la estéril con un muerto viviente, un ciego, un leproso o un pobre. La vida en la Biblia no tiene sentido más que en referencia a la promesa de Dios en Abraham de llegar a ser una gran nación, no vale más que abierta al infinito de las generaciones: por eso la esterilidad supone muerte y desolación. Una estéril lleva el signo del castigo de Dios por sus pecados (cf. Gn. 20, 18) y su situación la imposibilita de ser digna compañera de su marido. Las mujeres estériles califican su situación con el término hebreo "oni": desgracia, desdicha que LXX traducirá casi siempre al griego como *tapeinosis*, que no significa humildad sino humillación, uno de los términos más fuertes del vocabulario de pobreza del AT. Quizá por eso Raquel pide angustiada a Jacob: "¡Dame hijos o me muero!" y obtiene una respuesta irritada que revela a quién se atribuía el origen de toda fecundidad: "¿Hago yo las veces de Dios para negarte el fruto del vientre?" (Gn. 30, 1-2).

Los textos presentan a las matriarcas usando todos los medios a su alcance para vencer la desgracia de su suerte: dan sus esclavas a sus maridos, lloran, ruegan, pelean, usan artimañas.... pero en todas sus historias se pone de relieve que fueron arrancadas de su condición humillante gracias a la acción de Dios mismo que es reconocida por Lía y Raquel en estos términos: "Dios me ha hecho justicia"; "Dios Me ha hecho un buen regalo"; "Dios me ha retirado mi afrenta"; "El Señor ha visto, ha oído" (Gn. 29, 6.20.23.32). Su acción se expresa a través de los verbos bendecir, escuchar, recordar, abrir el seno, visitar (cuidar). Su acción se celebrará en la liturgia: *"Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los nobles de su pueblo, y pone al frente de la casa a la estéril, madre feliz de hijos"* (Sal 113,7-8).

Las mujeres llamadas a gestar un pueblo para Dios fueron estériles y esto no supone una coincidencia casual, ni un detalle superfluo introducido en los textos. En la intuición de los autores, esta convergencia recobra un sentido profundo que toca el origen de la fecundidad: ellas dieron inicio al pueblo de Dios no a pesar de ser estériles, sino a causa de ello. Y por aquí podemos ahondar en la comprensión de otras perspectivas de la virginidad de María: la de una pobreza total junto con una privación no solamente de los bienes de este mundo, sino incluso de los que daban a una mujer en el judaísmo la razón de ser y el derecho a ser respetada. La venida del Espíritu sobre María será por tanto el encuentro de Dios con la humanidad pobre, el poder divino escogiendo lo débil, lo despreciable, lo que no es, para confundir a lo que es" (1 Cor 1, 27).

"Todo el AT está animado por esta paradoja del poder del débil, de la exaltación del pobre, de la fecundidad de la abandonada, y esta paradoja alcanza su forma más violenta en el 'escándalo de la Cruz', esa 'debilidad de Dios más fuerte que los hombres' (Cor 1,23). (...) Lucas no describe en María una forma heroica de la virtud de castidad: lo que ve en ella es una fe y una esperanza radicales, totalmente despojadas de confianza en la criatura, totalmente abandonadas a Dios. La virginidad de María no tiene tanto valor de virtud moral cuanto teologal; manifiesta más una actitud ante Dios que un esfuerzo de purificación. Representa al ser humano que no cuenta con sus propias fuerzas y puede ser comparada con el vacío sobre el que el Espíritu planeaba en los orígenes".

María, que vivió la fe y la esperanza como un proceso, vivió también así los aspectos más hondos de su virginidad. Pero para llegar a tener sobre ella una visión inclusiva, es decir, que nos afecte a todos (hombres o mujeres, casados o célibes, y hasta a las "prostitutas que nos precederán en el Reino de los cielos..."), nos importa mucho caer en la cuenta de que lo que descubrimos ahora como terminado en María es la misma obra que Dios tiene empezada en cada

uno de nosotros. Es la acción del Espíritu la que nos va haciendo vírgenes,¹ y eso quiere decir, en palabras de Rahner, que "no somos gente que opera su salvación por sus propias fuerzas y que conquista el cielo. No construimos torres de Babel acumulando progresivamente fuerzas y posibilidades hasta llegar al cielo. Somos gente que, después de haber utilizado todo lo que la tierra ofrece de fuerzas y haber hecho lo posible, se reconoce como siervos inútiles que deben obtener lo que cuenta definitiva mente de Dios y de El sólo. Solamente cuando afrontamos a Dios desde esta disposición de virginidad, estéril sin duda a los ojos del mundo, somos verdaderamente cristianos."

Y todo esto, expresado en el lenguaje sencillo del pueblo, quiere decir que el que "tiene devoción a la Virgen" debe estar preparado porque está expuesto a que le ocurra algo parecido a lo que le pasó a ella. Eso si no nos olvidamos de que acercarnos a ella nos adentra en el misterio de su tapeínosis, es decir, de su pertenencia al inmenso grupo de, humillados, pobres y hambrientos que pueblan el Magnificat y siguen poblando nuestro mundo. Y, lo mismo que su virginidad la situó entre ellos, también al que está dispuesto a dejarse afectar por María Virgen, ella lo invita a sentir como suyo ese revés de la historia y a orientar en esa dirección (hacia el Sur ...) energías, recursos y afectos.

Dios tiene comenzado en cada uno de nosotros un trabajo de virginización por el que nos vamos haciendo cada vez más receptivos y abiertos a los otros, más vacíos de nosotros mismos y dispuestos a pasar a esa esfera de sombra en que ella vivió. En la anunciación, María entra en escena como la mujer "revestida de sol" de que habla el Apocalipsis (12, 2): "has encontrado gracia", "el Señor está contigo", "no temas"._ pero sale de escena envuelta en sombras: "el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra..." y tendrá que aprender a vivir toda su vida ahí, aceptando no comprender siempre (Lc 2, 50), sabiendo que una espada del dolor le atravesaría el alma (Lc 2,35), dispuesta a confrontar en su corazón las incertidumbres de la realidad (Lc 2, 19).

Lo mismo que ella, también nosotros escuchamos voces de ángeles que nos invitan a pasar del ámbito de lo seguro y conocido, de lo acostumbrado, razonable y controlable, a la esfera de sombra. Nos da miedo adentrarnos en ese terreno desconocido aunque estemos añorando con todas nuestras fuerzas que el centro deje de estar en nosotros mismos, o en nuestras posibilidades o imposibilidades, para que sea Otro quien se haga cargo del control y ponga en nuestro centro a esos otros que son la niña de sus ojos. Nos sentimos amenazados por ese tránsito y ese des-centramiento y, según va pasando la vida, corremos el peligro de girar constantemente en torno a lo ya realizado, lo ya visto y experimentado: esto es lo que soy, esto es lo que da de sí la vida, este mundo, este grupo, esta realidad, son lo que son y no hay quien lo cambie...La gracia nos está esperando ahí, lo mismo que a María, para llamarnos a acoger las posibilidades inéditas que el Dios de lo no-conocido puede crear en nosotros. "Si este pueblo juzga algo imposible, ¿tendré que juzgarlo yo también imposible?, dice el Señor" (Zac 8,6).

Si nos rendimos ante él, irrumpirá en nuestra vida un viento capaz de arrastrarnos más allá de nuestra nostalgia por lo irremediable, de nuestras inútiles lamentaciones porque dejamos atrás o perdimos, para conducirnos al asombro ante lo que aún está por nacer en nosotros. Porque, como dice el maestro Eckart, "el propósito principal de Dios es dar vida y no está satisfecho hasta que no engendre a su Hijo en nosotros. Y tampoco el alma está nunca satisfecha hasta que el Hijo nazca en ella". Y si nos preguntamos cómo se hará esto en nosotros, pusilánimes agarrados a pequeñas seguridades y obsesionados por los propios límites, lo mejor que podemos hacer es acercarnos a María, la mujer "revestida de sol y envuelta en sombra". Porque ella, Nuestra Señora de los Tránsitos, "Santa María del Buen Parto", conoce bien los extraños caminos por los que se accede a ese nacimiento.

¹ "La virginidad es un signo que no puede ser leído en sí mismo, sino que remite a algo mayor que él. No es sólo signo de la soberanía de Dios, también refleja el misterio de la mujer comprendida como apertura ontológica. El ser humano está llamado a ser más, y así en María Virgen, el Espíritu encuentra el espacio humano definitivo donde hacer su morada. La virginidad es condición y comienzo de un nuevo pueblo". (Gebara y M Bingemer. "Mary Mother of God, Mother of the Poor").